

No una sino muchas tragedias

Alberto Adrianzén

Hace unos días nos enteramos de que Colombia se había excluido por siete años de la Corte Penal Internacional. Ello significa que por esa misma cantidad de años es posible que crímenes ejecutados por grupos ilegales o ataques militares intencionales contra civiles no sean sancionados, es decir, queden impunes. Esta exclusión alcanza no solo a los colombianos sino también a todos aquellos que los cometan en su país. En buen romance, a tropas extranjeras (¿serán norteamericanas?) que cometan esas atrocidades. Se sabe que una de las razones han sido las presiones del gobierno norteamericano, interesado en intervenir en ese país y mantener una impunidad internacional.

Hace unos meses también nos enteramos de que algunos académicos norteamericanos debaten sobre los llamados "Estados fracasados". Esta nueva teoría afirma que frente a este fracaso estatal, que se expresaría en la aparición de un círculo vicioso en esos países de violencia-pobreza-caos-violencia, solo cabe convertirlos en *protectorados* para así evitar que "exporten" drogas, epidemias,

terrorismo y personas al primer mundo.

Pero hay otras consecuencias igualmente importantes. Aquí un breve resumen.

a) El atentado terrorista del 11 de setiembre ha puesto fin, cuando menos en esta etapa, a la polémica en Estados Unidos respecto de si se debía optar por el llamado unilateralismo, reforzando su condición de única superpotencia mundial o si, más bien, era necesario practicar un globalismo multilateral. Ejemplos de este nuevo enfoque unilateral hay muchos, incluso anteriores al atentado del 11 de setiembre, tales como su renuncia a respetar los acuerdos sobre protección del medio ambiente o negarse a firmar los acuerdos complementarios sobre guerra bacteriológica o, ahora último, su rechazo rotundo a la Corte Penal Internacional.

b) Este nuevo unilateralismo, que significaría el fin definitivo de la Guerra Fría y el ingreso a una nueva época llamada de la posguerra fría, estaría llevando a los Estados Unidos a una suerte de *romanización* de su política exterior y a imponer una *pax*

romana internacional, con lo cual acentuaría su papel de policía mundial.

c) Un cambio importante de óptica en los países desarrollados respecto de los países del tercer mundo. Hoy algunos de esos países tercermundistas son parte del llamado "eje del mal", sujetos, por lo tanto, a sanciones de todo tipo; mientras que otros, la gran mayoría, son ahora vistos como fuente de amenazas: drogas, terrorismo, pestes, migrantes, etcétera. Ello reforzará en los países desarrollados, como viene sucediendo, medidas que limiten las libertades y derechos; asimismo, ahondará la xenofobia, amenazando un pluralismo cultural necesario en esta fase de globalización.

Recientemente Inglaterra y España propusieron, sin éxito felizmente, sancionar a países del tercer mundo por no aplicar políticas capaces de frenar la migración a los países europeos.

d) Un mayor fanatismo religioso en los países islámicos y el crecimiento del terrorismo internacional, lo que reforzará una visión del otro (el extranjero) como enemigo.

e) Es posible –así lo demuestra Colombia, y también Venezuela– que la preocupación por la seguridad comience a ganar

Es posible –así lo demuestra Colombia, y también Venezuela– que la preocupación por la seguridad comience a ganar terreno en detrimento de la democracia.

Alberto Adrianzén es director del Centro de Investigación Parlamentaria.

terreno en detrimento de la democracia, situación que ya conocemos los latinoamericanos hace varias décadas. Lo mismo se puede decir de la nueva política antiterrorista de los Estados Unidos.

Una última consecuencia, acaso la más importante, es que la tragedia del 11 de setiembre ha terminado por ocultar (y hasta olvidar) a los norteamericanos, y a buena parte de la humanidad, otras tragedias: las que viven los kurdos, los afganos, los palestinos y las víctimas de la violencia terrorista en el Perú; el brutal sistema, como lo ha llamado Susan Sontag, de *apartheid* en Gaza o Cisjordania; las tiranías árabes protegidas por los Estados Unidos; la política de tierra arrasada aplicada por Sharon; los bombardeos en Irak; la hambruna en muchos países africanos; etcétera, etcétera.

Para esta política del olvido, que profundiza un narcisismo político, como si el atentado terrorista del 11 de setiembre fuese único, el Congreso norteamericano acaba de entregar a Charlotte Beers, ex directora de la agencia publicitaria J. Walter Thompson Worldwide y llamada la "reina de las marcas", la suma de 520 millones de dólares para que sean "invertidos" en "poblaciones descontentas" con la política y el modo de vida norteamericanos. Por ello, cabe preguntarse si es posible guardar silencio frente a otras tragedias.

Acaso recordando estas otras tragedias estaremos honrando la memoria de las víctimas del 11 de setiembre, pero, además, demandando un mundo sin terror. ▲